



# VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris  
Causa" por la Universitat de València a  
Joaquín Catalá de Alemany

Discurso de aceptación

Valencia, 6 abril de 2001

Ante todo quiero expresar mi profunda gratitud a esta mi vieja y querida Universidad que inmerecidamente me distingue con un honor tan inesperado como grato y emotivo; supongo que tal distinción ha sido fundamentalmente motivada por el hecho de que ¡hace 50 años! tuve la osadía de llamar Instituto al grupo de 4 ó 5 colaboradores que empezaban a dedicarse al estudio de algún problema de Física Fotocorpuscular, es decir reacciones nucleares registradas en el seno de emulsiones fotográficas.

Naturalmente nunca pensé que aquella lejana y modesta idea de iniciar, con cuatro o cinco colaboradores, investigaciones en el campo de la Física corpuscular, en aquella pobre Facultad de ¡¡CC. Químicas!! , de esta Universidad, pudiera dar lugar ¡al cabo de tantos años!!, a mi presencia en este acto al que hoy estamos asistiendo, pero no creáis que me siento protagonista del mismo, ya que los auténticos y verdaderos protagonistas son aquellos que con su esfuerzo, entusiasmo, competencia y laboriosidad y ¡audacia, mucha audacia! Hicieron el milagro de levantar un Instituto orgullo de esta Universidad y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En todo caso es sólo vuestra generosidad la que os hizo expresar la gratitud hacia quien, sin pensarlo, tal vez casualmente, puso en esta obra la primera “piedrecita”, mejor “grano de arena”, o será quizá que mi único mérito ¡es el de haber cumplido 89 años!.

Sabido es que los viejos en cuanto nos descuidamos hablamos de nosotros mismos, de nuestros problemas y achaques, cuando no queremos arreglar los problemas de los demás .... Tratando de evitarlo, todas las mañanas traigo a mi memoria una vieja plegaria inglesa del siglo XVI que, entre otras cosas, dice: “Señor sella mis labios cuando me disponga a hablar de mis problemas, males y achaques, aunque todos ellos aumenten sin parar y cada vez, con el paso de los años, resulte más grato el hecho de enumerarlos”.

Huyendo pues, de todo personalismo científico voy a intentar recordar como fueron los primeros pasos en el desarrollo de la Física de alta energía en España que estaban estrechamente ligados y determinados por períodos de pertenencia al o ausencia del, Centro Europeo de Investigaciones Nucleares (CERN) que venían motivados por la elevada cuota anual que periódicamente se abonaba, o se decidía ahorrar, por los gobiernos de la época. Con ello además podemos recordar a una figura tan injustamente olvidada y cuya gestión tan importante fue para el progreso de la Física en dicha especialidad; se trata de José M<sup>a</sup> Otero Navascués, marino, fundador y primer director del Instituto de Óptica Daza de Valdés, Presidente que fue durante muchos años de la Junta de Energía Nuclear (JEN); Otero, entre los años 60 y 70, fue el más decidido partidario de que España perteneciera definitivamente al CERN y luchó hasta conseguirlo, pese al elevado coste que ello suponía y que era el argumento que esgrimía la oposición al proyecto partidaria de apoyar otros tipos de investigación al parecer más “populares” y rentables y que ya se cultivaban en España.

Para ello el propio Otero creó, dentro de la Junta de Energía Nuclear, un pequeño grupo dedicado a la Física de alta energía, al que por cierto, él sabría por qué, se refería como sus “mamíferos de lujo” y uno de cuyos primeros componentes fue nuestro querido y brillante discípulo Rafael Llosá, prematuramente fallecido. Este grupo, junto con el ya existente del IFIC valenciano, eran los que en principio podían beneficiarse y justificar nuestra permanencia en el CERN.

Por lo que respecta al grupo valenciano, por aquellos tiempos era algo más que una ligera ampliación del grupo caricaturizado por uno de sus componentes, Eugenio Villar, en un dibujo o cuadro de los años 50, en él aparecen los principales componentes, y prácticamente únicos, del grupo, cuyos nombres es justo recordar puesto que, salvo Senent desgraciadamente fallecido, están presentes aquí: José Aguilar, José Casanova y Eugenio Villar, el autor de la caricatura; hoy los tres catedráticos universitarios, me temo que “eméritos”, a los que sería injusto no agregar a la Profesora Aurelia Bonet,

consorte del autor del cuadro y que figura en el mismo demostrando la compatibilidad entre investigación y amor pues aparece sentadita junto al hoy su marido, el autor.

Siento no poder mostrar el cuadro que obra en mi poder y que ofrezco al IFIC, si le interesa y promete darle un puesto digno en sus paredes.

Además de los citados no puedo olvidar a las tres señoritas microscopistas que trabajaban sacrificada y arduamente para facilitar datos a los, por aquel tiempo “doctorandos”, por entonces el objetivo primordial del grupo era la culminación de tesis doctorales que iban a ser juzgadas en la Facultad de Físicas de Madrid, pues la valenciana era todavía sólo de Química; yo calculo que en los años 50 al 72, por lo menos, se completaron y fueron aceptadas unas 25 tesis.

Me imagino que hoy día la obtención de tesis doctorales habrá dejado de ser el objetivo básico del IFIC, pero yo me atrevo a sugerir, especialmente, en ciertos campos, que las estrechas relaciones entre docencia e investigación garantizan la eficacia de ambas actividades; en algunos casos, como el mío personal, nunca se puede concebir la investigación sin la docencia, hasta el punto que cuando tuve que abandonar, por jubilación, la enseñanza (en mis tiempos no había eméritos) dejé de interesarme por la investigación, incluso en relación al pequeño grupo que en mi osadía llegué a formar y de cuya brillante evolución me enteré, con gran sorpresa por mi parte, cuando en mi primera visita a Valencia, con motivo de la sesión de homenaje al recuerdo del entrañable amigo Senent comprobé que el grupo que yo pensaba desaparecido o periclitando, en realidad era un auténtico Instituto con presupuesto y edificio propios.

El hecho de que aquel pequeño y modesto grupo científico universitario valenciano haya crecido hasta convertirse en un Instituto de tanto prestigio y tan querido en su Alma Mater, es un milagro, repito, para mí incomprensible y al que tengo que declararme ajeno, pues en todo caso el

éxito hay que atribuirlo a los que me sucedieron, en el pasado y actualmente, quienes seguramente supieron compaginar su investigación de categoría superior, con la docencia no menos importante; entre todos ellos quiero destacar a Fernando Senent, tan querido en esta Casa; permitidme pues que ahora os pida para todos ellos, que no para mí, ¡vuestro aplauso!

JOAQUIN CATALÁ DE  
ALEMANY  
de la Real Academia de  
Ciencias